

de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial*, de Melchor Xufré del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada ésta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito fué volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra, y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que, por el lance de la Imperial, había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisieran emplearse, temeroso y con razón de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito de gobernador, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente: el *Arauco domado* de Lope de Vega;

la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza*; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila; *Los españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos; sin contar con *La Belligera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.^a Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que si no correspondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región, y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña, *hecho piezas*, en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco domado*,

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido, coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros muchos libros, del que se titula *Primera parte de las Postrimerias del hombre*.

en 1596 se titulaba Licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años, nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria, más desvergonzada que chistosa, con un poetastro llamado Sampayo (1), sobre si podía ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602), hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima* Universidad, «dedicado al evangelista San Marcos». Á nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, del sevillano Diego Mexía (2). Otros libros perua-

(1) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á don Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José J. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil para nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nuevos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de D. Adolfo Valderrama, se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias, que no pueden tener cabida en un estudio rápido como el presente.

(2) De Diego Mexía traté en el capítulo concerniente al Perú; pero quiero subsanar aquí la omisión de la segunda parte inédita de su *Parnaso Antártico*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (núm. 599 del catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al Virrey Príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Diego Mexía de Fernangil, ministro del Santo Oficio de la Inquisición en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla*. El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». De todo ello se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos

nos de aquel tiempo, entre ellos la *Miscelana austral* y la *Defensa de damas*, de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

«Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro d'Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.
Espíritu gentil, doma la saña
D'Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de tu verso extraña.»

No habiendo llegado á nuestras manos *El Temblor de Lima*, rarísimo canto épico que, según autoridad de doctos bibliógrafos, publicó Pedro de Oña en 1609, sólo podemos juzgarle hoy por dos poemas de muy distinto carácter y materia, y también de muy desigual mérito, el *Arauco domado* y el *Ignacio de Cantabria*.

autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Musas». «Conozco (añade) que en treinta y tres años que há salí de España, es ya otro el lenguaje y otra la perfección y alteza de la poesía; pero con ésta que entonces traje y acá se ha disminuído, quise hacer este servicio á aquel señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos..... Es ésta mi poesía como los ídolos que Alcibiades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas; y ninguna de más valor ni estima que las obras de Cristo N. S.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo 200 sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañasen á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesús. Después se encuentran una *Epístola á la Serenísima Reina de los Angeles, Santa Maria Virgen*; *La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Mártir*, dirigida al Licenciado Alonso Maldonado de Torres, presidente de la Real Audiencia de las Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana, Las Novisimas*, una *Égloga del Buen Pastor* y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596 con título de *Primera parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habian de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «*Porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*». Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «*con apremio y tarea de veinte octavas al día*» (1), según afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

«Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y danme tanta prisa cada día,
Que no me dejan ir como se debe.»

La *prisa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos, de los diez y nueve que comprende la obra total, cuya extensión pasa de diez y seis mil versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del Maestre de Campo Santiago de Tesillo.

no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

«¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,
Por mucho que de música supiera?»

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que él, «*preciándose mucho de ir al olor de su rastro*».

Con efecto, el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobío. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualava, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richard Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación

prosaico é intolerable) recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. Á ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía

más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvasino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; mucha nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tuccapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados á tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su

frasis, lengua y modo. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero, ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada seesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra, y ni siquiera tiene ojos para verla. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero

indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegeton* y del *Estigio lago*, é invoca á Hecate y á Ixión, y á Tántalo y Ticio y á Dermogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado*, que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rosell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río, el cual en sus ilustraciones á la edición académica de *La Araucana*, llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético.

Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto ix parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés*, de Moratín el padre, y la recuerda

sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

«Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en el nido.»

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, verbigracia:

«Cual águila caudal que desde el cielo
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestísima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se aferra,
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja
La bárbara frenética se arroja.»

Ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primer batalla:

«Está como el azor empuhelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándora se arroja.»

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género, procede con cierta franqueza de estilo propio:

«Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido,
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente.»

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un

caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía.» Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto, que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

(1) *Primera parte de Arauco domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile..... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, de Turin, primero impresor en estos Reynos.—Año de 1596, 4.º, 352 hojas, con el retrato del autor grabado en madera.*

Aprobaciones del P. M. Esteban, de Avila, y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarreal y Coruña; del P. M. Esteban, de Avila; del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hornero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estúpida rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.